

Creatividad, arte, artista, locura: una red de conceptos limítrofes

Julio ROMERO
Universidad Complutense de Madrid

Resumen

El tema de la relación entre el artista o los individuos creadores y la locura ha sido siempre polémico y continúa siéndolo. A pesar de la abundante investigación, no parece que se haya llegado a ninguna solución definitiva acerca del carácter real o mítico de esa vinculación. Una vía de análisis que aquí se plantea, diferente a las habituales, puede ser el estudio de algunos de los conceptos implicados —arte, artista, creatividad, locura— y de sus posibles puntos de contacto. Quizás esta perspectiva pueda facilitar una mayor comprensión del problema y de sus numerosas derivaciones.

Palabras clave: Creatividad. Arte. Artista. Locura. Enfermedad. Genio. Modelo cultural.

Abstract

The topic of the relationship between artist or creative people and madness has always been polemic and it is so still. Despite a vast range of research, there seems to be no definitive answer to the discussion about the mythical or real character of this linking. Another perspective to research, different from usual ones, can be to study several concepts involved —art, artist, creativity, madness— and the meeting areas between them. Perhaps, this approach may help to understand the problem and his several derivations.

Key words: Creativity. Art. Artist. Madness. Illness. Genius. Cultural model.

Desde los primeros tiempos de nuestra cultura hasta las modernas investigaciones sobre la creatividad, una insidiosa cuestión aparece y reaparece una y otra vez en relación con la figura del artista: si es cierta su supuesta locura, tan proclamada en ocasiones, o si no se trata más que de un tópico sin fundamento. Los intentos de dilucidar la verdad o falsedad del modelo cultural han sido variados, proporcionando diferentes respuestas que han tenido y tienen su parte de éxito y aceptación: se niega que exista en realidad tal relación entre creador y locura, explicando la naturaleza del creador, de su actividad y de sus producciones desde dentro de los límites de la normalidad; se afirma la proximidad del artista con la locura, apoyándose en copiosas listas de reconocidos creadores en los que se ha observado muestras de desequilibrio o, simplemente, de excentricidad; por último, se adopta una postura relativista, generalmente crítica, atendiendo a otras variables que intervendrían en la cuestión, más allá de la dimensión personal, como aspectos sociales, históricos, etc.

Dentro de ese contexto inquisitivo, las estrategias para intentar esclarecer la posible relación entre creador y locura suelen consistir en acudir a la información que proporcionan las biografías de los artistas, al análisis de sus obras o de otras producciones escritas de tipo autobiográfico, a la tentativa de valorar sus características psicológicas a través de los instrumentos de análisis pertinentes ... Se trata de diferentes procedimientos que, sin embargo, tienen al menos un aspecto en común: la dirección hacia la que orientan la mirada interrogadora. De una u otra forma, estas estrategias aspiran a arrojar alguna luz sobre la hipotética relación entre el creador y la locura explorando aspectos relacionados con el propio creador real o con sus producciones; intentan descubrir la verdad o falsedad de una posible relación mirando a la realidad en la que esa vinculación se manifestaría.

Sin embargo, puede ser útil preguntarse qué ocurriría si se desplaza el foco de la exploración en sentido contrario, hacia el lado de las ideas. En ese sentido, otra vía de aproximación al problema, en lugar de fijarse en el creador o su obra, puede tomar como objeto de análisis inmediato los propios conceptos que se manejan a la hora de pensar acerca de ese creador y de sus producciones y de su posible anormalidad. Tal relación entre el creador y la locura podría ser, al menos en parte, una consecuencia de las propios conceptos con los que se piensa acerca de ella, con los que se afronta su investigación. Así que, además de orientar la mirada hacia el creador, hacia su especial naturaleza o constitución, cabe la posibilidad de prestar atención, como elementos que toman parte en el problema, a los propios conceptos de arte, artista, creatividad y locura.

Pasado ya el tiempo de la pretensión de objetividad del positivismo, es cada vez más claro que el investigador no es alguien situado en una posición

neutra y al margen de la realidad investigada, y que ésta es algo que de alguna manera se ve influida por el investigador, por la existencia de la investigación y por los métodos empleados. Los conceptos tampoco son neutros y objetivos. Desde este punto de vista, es esperable que las propias ideas que se manejan cuando se pretende dilucidar qué hay de cierto, si es que algo hay, en esa relación entre el artista y la locura, así como los instrumentos con los que ello se lleva a cabo, tengan algún tipo de influencia sobre esa realidad a la que se interroga, sobre las observaciones realizadas o sobre la manera en que se las interpreta.

CREATIVIDAD Y LOCURA

En primer lugar, las mismas concepciones de creatividad y de locura se solapan en parte. No es extraño que ello ocurra puesto que la locura, entendida en un sentido amplio, implica un estado más allá o aparte de la razón, algo siempre diferente a lo conocido, algo siempre enigmático; y la creatividad supone, por definición, avanzar hacia terrenos nunca pisados anteriormente, adentrarse en lo desconocido, explorar lo nuevo, huir de lo establecido e incluso cuestionarlo. Ese hoyar territorios que escapan a lo habitual y que quedan fuera del alcance del conocimiento presente o que parecen esquivos a la razón o a la lógica es común a los dos conceptos. Con ello no se está diciendo que ambos, creatividad y locura, sean iguales, que representen la misma cosa; por el contrario, existen marcadas diferencias. Pero junto a ellas, parece detectarse fácilmente esa parcela común: no son iguales, pero no son del todo diferentes. Desde, por un lado, las antiguas ideas griegas sobre la inspiración del poeta como resultado de una influencia sobrenatural más allá de lo humano a, por otro, las modernas ideas sobre el pensamiento del creador, desenvolviéndose en ausencia de crítica o de lógica, el solapamiento parcial entre creatividad y locura es patente. No es extraño que se haya visto una y otra vez al artista como un individuo afectado por alguna forma de anomalía o con tendencia a ello, independientemente de que ello sea cierto o no en la realidad, cuando los propios conceptos de creatividad y de locura, los conceptos con los que se maneja esa realidad y desde los que se la observa, parece que muestran alguna parcela común o muy próxima.

Ello queda de manifiesto, además, en los modernos criterios para el diagnóstico psiquiátrico de ciertas alteraciones leves, que muestran claros puntos de contacto, de difuminación de las barreras, entre creatividad y psicopatología. Si los trastornos más graves parece que son vistos, generalmente, como factores negativos para la creatividad, algunos trastornos o alteraciones afec-

tivas leves, especialmente las ciclotímicas, son contempladas de diferente manera y evidencian ese solapamiento con la creatividad en un grado bastante apreciable. Así, los criterios que establece el DSM-IV para la hipomanía muestran bastantes elementos que son típicos de la actividad o el proceso creadores o hacen referencia a un aumento de la creatividad en el individuo. Por ejemplo, el DSM-IV habla de «aumento de la autoestima o grandiosidad», «disminución de la necesidad de dormir, lenguaje verborreico, fuga de ideas, distraibilidad», «aumento de la eficiencia, los logros y la creatividad», «participación en múltiples actividades» «frecuentemente «creativas y productivas»¹. Una descripción que, en gran parte, sugeriría a muchos que se está hablando de un individuo creativo o de un artista inmerso en un periodo de especial productividad.

Además, muchos de los aspectos que caracterizan esa hipomanía pueden ser, en realidad, aspectos positivos para el creador, que los experimentaría como tales y no como signo de una alteración psicopatológica. De tal modo que, incluso, no es raro que la hipomanía pase desapercibida como trastorno y se interprete por el propio individuo que la padece como un periodo de especial lucidez, actividad, energía y fluidez ideacional (Hershman y Lieb 1998). Respecto al otro polo de la ciclotimia, el depresivo, también ha sido interpretado como un posible factor positivo para el creador por diferentes razones: recogimiento solitario, aumento y profundización de la experiencia, componente dramático de la creación... (Jamison 1993, Richards 1993, p. ej.). Ambas caras de los trastornos ciclotímicos, frente a otras patologías más graves, pueden presentar, por tanto, una serie de valores positivos para el creador, y remiten a aspectos a veces importantes en el proceso creativo o en el trabajo del artista, por lo que tampoco es extraño

¹ El DSM IV establece, entre otros, los siguientes criterios para el diagnóstico de los episodios hipomaniacos: «Un episodio hipomaniaco se define como un periodo delimitado durante el cual hay un estado de ánimo anormal y persistentemente elevado, expansivo o irritable que dura al menos cuatro días (Criterio A). [...] debe ir acompañado por al menos otros tres síntomas de una lista que incluye aumento de la autoestima o grandiosidad (no delirante), disminución de la necesidad de dormir, lenguaje verborreico, fuga de ideas, distraibilidad [...] (Criterio B). [...] En algunos sujetos el cambio de la actividad puede tomar la forma de un importante aumento de la eficiencia, los logros y la creatividad. [...] Es característico que exista una exageración de la autoestima, normalmente en un nivel de confianza en sí mismo carente de autocritica [...] (Criterio B1). Muy a menudo hay un descenso de la necesidad de dormir (Criterio B2); el sujeto se despierta más temprano de lo habitual y lleno de energía. El discurso de un sujeto con un episodio hipomaniaco suele ser algo más enérgico y más rápido de lo habitual [...]. (Criterio B3). [...] El aumento de la actividad intencionada puede implicar la planificación o participación en múltiples actividades (Criterio B6). Frecuentemente, estas actividades son creativas y productivas [...].» Pichot 1995: 342-343.

que puedan darse con frecuencia en estos individuos o que aparentemente se manifiesen en ellos.

Por otra parte, ese solapamiento entre los dos conceptos de creatividad y de locura en sentido amplio, lleva a que los propios instrumentos con los que la investigación científica moderna ha intentado afrontar el problema estén influidos por la misma difuminación de los límites. Si los conceptos de creatividad y locura no están del todo claramente separados, es comprensible que los instrumentos para evaluarlos y medirlos tampoco evalúen, en algún momento, cosas del todo diferentes. Por ejemplo, en ocasiones se ha hallado una cierta relación entre puntuaciones altas en psicoticismo², tal como es medido este factor por el *Eysenck Psychoticism Questionnaire*, y criterios de creatividad (p. ej. Eysenck 1993, Götz y Götz 1979). Sin embargo, algunos autores advierten sobre una cierta circularidad en el procedimiento que lleva a hallar esa relación entre creatividad y tendencias psicopatológicas. Por ejemplo, Rothenberg hace ver que

«Como el *Eysenck Psychoticism Questionnaire* se basa sobre rasgos y conductas inusuales, estará altamente correlacionado con una fuente de creatividad definida como asociaciones inusuales u otro tipo de contenido inusual. Si, por ejemplo, la rebeldía [...] es inusual en la sociedad y es también definida como un factor en el psicoticismo, entonces altas puntuaciones en rebeldía correlacionarán con el psicoticismo y la creatividad» (Rothenberg 1993: 219).

En la misma línea, señala Gough (1993) que los items de la escala P para medir el psicoticismo parecen centrarse sobre aspectos como la no convencionalidad, el rechazo o duda de las normas, la impulsividad y la tendencia a tomar riesgos, entre otros, y que

«Si, de hecho, la escala P correlaciona significativamente con los criterios para la creatividad, puede ser sobre la base de una no convencionalidad general y una desviación asertiva de los valores burgueses más que sobre la base de cualquier disposición hacia el psicoticismo» (Gough 1993: 197).

Así pues, parece que en ocasiones la excentricidad o la conducta no convencional puede ser considerada un indicio de alguna tendencia psicopatoló-

² El psicoticismo, en sí mismo, no es una alteración psicopatológica, sino que es «un factor que predispone a los que puntúan alto a desarrollar trastornos psicóticos bajo un específico estres del entorno» (Eysenck 1993: 240).

gica, pero también una característica tradicional de las personas creativas. Igualmente, variables como la fluidez ideacional son contempladas como señal de creatividad y así se utilizan en los tests correspondientes en ese campo, pero también están presentes en los criterios diagnósticos sobre ciertos trastornos o tendencias psicopatológicos, como se ha visto anteriormente en el caso de la hipomanía.

Por ello, puede pensarse que no sólo los dos conceptos, el de creatividad y el de locura, no están del todo separados, sino que los instrumentos diseñados y utilizados para evaluar las características de los individuos en ambos terrenos también se solapan. En esas condiciones, no debería sorprender que se encuentre a veces entre los individuos considerados creativos una presencia de psicopatología superior a la que se detecta en la población general. Ello puede ser una evidencia de la existencia de una vinculación real entre el creador y la locura, pero puede ser también una consecuencia de ese solapamiento en el plano conceptual y en sus derivaciones instrumentales.

Sobre esa superposición conceptual, además, hay que tener en cuenta que no sólo está presente en las ideas que manejan los autores que intentan estudiar el problema o en los propios instrumentos diseñados para diagnosticar y medir, sino entre las ideas que pueden compartir los propios individuos que son estudiados, diagnosticados y evaluados. Para el sujeto que responde a un test de creatividad o a una escala para evaluar sus tendencias psicopatológicas o sus rasgos de personalidad, los conceptos de creatividad y de locura también pueden presentar barreras confusas e inciertas, aspectos negativos y aspectos deseables. Se puede especular que tales estudios, diagnósticos y evaluaciones estarán en mayor o menor grado influidos por esas ideas existentes entre los sujetos observados. Cuando estos individuos sean, además, artistas o creadores reconocidos o simplemente practicantes, más motivos habrá para sospechar la influencia de esas ideas compartidas, ya que parece que el tópico de la vinculación entre el artista y la locura es uno de los componentes del modelo cultural de artista que, en cierto grado, el artista real puede compartir como seña de identidad.

La superposición conceptual se transmite a los criterios diagnósticos para algunos trastornos y se transmite a los instrumentos para evaluar la creatividad o la psicopatología; ello unido a las propias ideas del investigador y las del individuo investigado puede colaborar a que se detecte esa proximidad entre creatividad y psicopatología en las observaciones empíricas; porque éstas no se hacen desde el vacío ni desde la neutralidad conceptual o instrumental, ni desde la ausencia de ideas previas, sean explícitas o no. En cualquier caso, no es fácil con esos conceptos, con esos instrumentos y con esos criterios diagnósticos distinguir nitidamente entre aspectos de la actividad y

proceso creadores, por un lado, y manifestaciones relacionadas con lo psicopatológico, por otro, especialmente cuando se trata de tendencias o de alteraciones leves o subclínicas.

ARTE Y LOCURA

De la misma manera que los conceptos de creatividad y de locura no están del todo diferenciados, los conceptos de arte y locura pueden presentar zonas de contacto y superposición similares. No hay un único concepto de arte ni ha habido una única forma de entenderlo en todas las épocas y circunstancias sociales y culturales; pero algunas de esas formas presentan cierta familiaridad con elementos componentes del concepto de locura, especialmente en su sentido amplio. Por ejemplo, cuando se entiende que el arte es fundamentalmente expresión del mundo emocional del artista; o cuando se considera que en el arte se trasciende la razón y la lógica, se superan las leyes del lenguaje y se pone en marcha incluso un modo de percepción diferente al habitual; o cuando se ve el arte como manifestación del inconsciente, sin mediación alguna por el consciente o la cultura; o cuando se entiende que es pura espontaneidad, sin modulación ninguna por el aprendizaje, la razón o las reglas; o cuando se considera que implica la producción de algo que sobrepasa las capacidades humanas normales o que impacta de manera igualmente desmedida al espectador.

Todas esas formas de considerar el arte o el proceso artístico, entre otras, implican una familiaridad, al menos, con aspectos que tienen también que ver con la locura en su sentido más amplio: parecen aludir siempre a algo que no es posible aprehender completamente por la razón y que escapa a su área de influencia. Ello trae consigo una cierta dificultad de diferenciar en ocasiones entre ambos ámbitos de manera perfectamente nítida. El posible solapamiento en ciertos casos puede llevar a entender como de alguna manera patológicos, anormales, irracionales o excéntricos aspectos que no son más que resultado lógico y coherente de una forma concreta de entender el arte. Esto vale especialmente para algunos momentos como la crisis del Renacimiento, como el periodo romántico o como muchas manifestaciones del arte del siglo XX, en que la entronización de la individualidad, de la subjetividad, la exploración de nuevos territorios para el arte y de ámbitos opuestos o más allá de la razón ha sido una señal distintiva.

Es frecuente, especialmente, que los investigadores hayan considerado el arte como expresión de la subjetividad o como expresión de sentimientos del artista. En realidad, esto no es más que una forma de entenderlo, una parti-

cular entre otras muchas; pero al considerarlo así, ya se está determinando de alguna manera qué es lo que se va a encontrar a la hora de estudiar al creador y de analizar su posible relación con la locura. La exaltación de lo emocional implica el exceso, la ausencia de control por la razón y la voluntad, el sometimiento a los impulsos instintivos, el poder de la naturaleza sobre la cultura. Bajo esa visión es como en ocasiones se ha contemplado al artista; no es raro que se haya encontrado entonces cierta relación con la locura, puesto que aspectos próximos o pertenecientes a ésta encajan bien dentro de ese marco.

PATOLOGÍA Y NORMALIDAD

Siguiendo en esa línea de delimitaciones y contaminaciones conceptuales, la pregunta por el artista y su locura, implica responder a la pregunta de si hay una línea que separa la patología de la normalidad. No parece clara la existencia de esa frontera. La tendencia última es a considerar el recorrido entre normalidad y patología como un continuo (p. ej. Millon y Davis 1998). Si se hace así, no ya el artista, sino el ser humano en general se sitúa a lo largo de su existencia en numerosos puntos dentro de ese continuo. Por lo tanto, en cierto modo la locura es una característica o un componente más del ser humano. Ni la normalidad excluye totalmente la patología ni lo patológico es una condición pura y constante. La anormalidad o los rasgos psicopatológicos característicos tradicionalmente del artista no serían algo exclusivo, de lo que no participaría el resto de la población, ni serían algo que le diferenciaría de un hipotético individuo normal, porque en tal individuo normal también aparecerán esos rasgos de alguna manera y en algún grado. La diferencia de los artistas respecto a los individuos no artistas es la especial atención que recibe en ellos esa anormalidad, así como la especial significación y utilidad dentro del contexto correspondiente.

Sin embargo, hay que precisar que en los polos de ese continuo, donde eso que venimos denominando locura en un sentido muy amplio adquiere la forma de alienación extrema, donde el individuo se ve mermado en sus capacidades, pierde el control de sí mismo y de su actividad, no parece que pueda hallarse la base ni la fuente de la capacidad y logro creadores. Muy al contrario, como advierte M. Romo:

«lo que demuestra la evidencia es que en las crisis psicóticas los artistas dejan de ser creativos y en las fases de regresión más profunda no hacen sino garabatos descoordinados» (Romo 1999: 11).

Hay que tener presente que la enfermedad mental de carácter grave, o los momentos de crisis extrema en un proceso psicopatológico, parecen ser un bloqueo, un obstáculo, una dificultad para la creación más que algo que la facilite y potencie. Sobre este particular parece existir un acuerdo bastante general:

«Entonces el pintor deja de pintar, el músico de componer, el poeta de escribir, el sabio de pensar, el profeta de hablar. [...] la alienación mental, [...] la de la demencia y los accesos violentos, la de la exaltación y la sinrazón, la mirada extraviada, ofuscada, alelada, [...] esa no permite ningún tipo de creación» (Brenot 1995: 180).

Pero, alejándonos de esos ámbitos extremos y dentro de un continuo entre normalidad y patología, concebidas sin una separación nítida ni una mutua exclusión entre ambas, no resulta del todo fácil rechazar la relación del artista con la locura, por falsa, ni aceptarla como verdadera. En el individuo normal, el que no es artista ni creador en este caso, la normalidad no está exenta de locura, y viceversa. En el artista no son las cosas muy diferentes. Lo que sí es distinto es que para el artista existe un modelo cultural y un contexto en el que ese componente ambiguo tiene sentido y que su propio trabajo puede implicar cierta familiaridad con los límites y su forzamiento. Parece que en ese entorno no demasiado definido encaja fácilmente esa imagen cultural del artista situado en un terreno fronterizo, entre la salud y la enfermedad, sujeto a la tensión de fuerzas opuestas y a la inestabilidad de los cambios, sujeto a tensiones contradictorias. Si la locura se entiende como algo no del todo apartado, alienado, de la normalidad, y ésta viene a convertirse en algo que tampoco está exento de locura, en ese territorio intermedio parece que hay lugar para encajar la imagen tradicional del creador, habitando una frontera peligrosa por su mismo carácter liminar.

UNA RED DE CONCEPTOS LIMÍTROFES

Dados todos estos solapamientos entre los conceptos principales, y estas dificultades de delimitación y definición conceptual, puede pensarse que la solución definitiva a la cuestión del artista y la locura, a la realidad o falsedad de esa relación, debería venir de una previa clarificación y separación conceptual nítida. Pero, a la vista de lo tratado, ello puede resultar bastante complicado, pues parece que ese solapamiento y esa falta de delimitación no es tanto, o no sólo, un defecto en el ámbito de los conceptos; parece además

un resultado o una consecuencia de la existencia real de tales contaminaciones mutuas entre la creatividad, el arte o la locura y de una semejanza entre algunas de sus manifestaciones. Si ese solapamiento de significados e implicaciones existe y se expresa en la relativa confusión entre los conceptos respectivos, entonces difícilmente podrá realizarse una delimitación clara y exclusiva; menos aún sin alterar, simplificar o mutilar el propio poder significativo de esos conceptos. Y difícilmente podrá llevarse esa delimitación definitiva al ámbito de lo empírico.

Acostumbrados a hábitos de pensamiento que manejan la polaridad y a conceptos bin delimitados que simplifican la realidad a la que se refieren, no es fácil admitir y asumir la convivencia con conceptos que se instalan en un espacio intermedio, un lugar forzosamente borroso. Sin dejar de lado la decantación posible que quepa llevar a cabo en el nivel conceptual, parece necesario un tipo de aproximación que reconozca y asuma, sin mutilarla, la complejidad que parece inherente a los conceptos de arte, artista, creatividad y locura y a las relaciones y parcelas comunes entre ellos. Esos conceptos fundamentales vienen a coincidir y superponerse en una zona limítrofe en la que todos ellos toman parte: la creatividad supone ir más allá de lo conocido, ampliar los límites; la locura implica sobrepasar un borroso terreno fronterizo o caminar peligrosamente sobre él; y el arte trabaja, precisamente, en ese terreno liminar entre lo conocido y lo desconocido, lo material y las ideas, la pasión y la razón, lo evidente y lo inaprehensible, lo expresable y lo inexpressable.

Comprender más la naturaleza, los fundamentos y las implicaciones de esa hipotética vinculación entre el creador y la locura supone, además de explorar sus posibles manifestaciones empíricas, adentrarse en los conceptos y las ideas con las que manejamos esa realidad o nos intentamos aproximar a ella y que, posiblemente, de alguna manera colaboran a configurarla. Porque, tal como se ha venido sugiriendo, la discutida relación entre el artista y la locura no tiene por qué entenderse sólo como una interpretación, descripción o explicación que se elabora en el plano teórico para dar cuenta de lo que se observa cuando se exploran las vidas, obras y manifestaciones de algunos artistas o creadores, o cuando se intenta analizar sus características personales; además, previamente y quizás de manera implícita, la relación entre el artista o el creador y la locura está ya presente en los conceptos que utilizamos cuando queremos observar, describir, explicar tal realidad. En tal caso, ésta no puede estudiarse al margen de tales conceptos, porque no está libre de su influencia. Esa realidad y las observaciones sobre ella serían, al menos en parte, resultado de los planteamientos conceptuales previos y de sus derivaciones. Por esa razón, en la investigación sobre las características

del creador y su posible vinculación con la locura en sentido amplio, el ámbito de los conceptos y las ideas implicados, con su complejidad y carácter borroso, deben ser uno de los focos principales de indagación.

REFERENCIAS

- BRENOT, P. (1998). *El genio y la locura*. Barcelona: Ediciones B. (Public. orig. fran. en 1997).
- EYSENCK, H. (1993). «Creativity and Personality: An Attempt to Bridge Divergent Traditions», en *Psychological Inquiry*, vol. 4, 3, 238-246.
- GÖTZ, K. O. y GÖTZ, K. (1979). «Personality characteristics of professional artists», en *Perceptual and Motor Skills*, 49, 327-334.
- GOUGH, H. G. (1993). «The Assessment Piece of the Creativity Pie», en *Psychological Inquiry*, vol. 4, 3, 196-200.
- HERSHMAN, J. y LIEB, J. (1998). *Manic depression and creativity*. Amherst, New York: Prometheus Books.
- JAMISON, K. R. (1993). *Touched with Fire. Manic-Depressive Illness and the Artistic Temperament*. New York: The Free Press.
- MILLON, T. y DAVIS, R. D. (1998). *Trastornos de la personalidad. Más allá del DSM-IV*. Barcelona: Masson.
- PICHOT, P. (coord.) (1995). *DSM-IV. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Barcelona: Masson.
- RICHARDS, R. L. (1993). «Everyday Creativity, Eminent Creativity and Psychopathology», en *Psychological Inquiry*, vol. 3, 4, 212-217.
- ROMO, M. (1999). «El trastorno psicológico del artista. ¿Mito o realidad?», en *Aspasia. Revista de Arte*, 4, 10-12.
- ROTHERBERG, A. (1993). «Creativity: Complex and Healthy», en *Psychological Inquiry*, vol. 4, 3, 217-221.
- SANDBLOM, P. (1995). *Enfermedad y creación. Cómo influye la enfermedad en la literatura, la pintura y la música*. México: Fondo de Cultura Económica. (Public. orig. ing. en 1982).